

La SD en Argentina

En Argentina, la erosión del suelo no era por entonces un problema considerado relevante. Todavía a mediados de los años 70, el sistema de producción predominante en nuestro país era la labranza convencional. Los iniciales experimentos locales en siembra directa fueron realizados por el italiano Marcelo Fagioli, en 1964, en Pergamino, pcia. de Buenos Aires. Pero los ensayos que le siguieron no fueron siempre exitosos; unas veces por la invasión de malezas y otras por la caída de los rendimientos, muchos productores perdieron confianza en el sistema y optaron por retornar a la práctica convencional. Los costos eran elevados, la maquinaria adecuada inexistente y los riesgos muy altos. Con todo, algunos productores y técnicos pioneros persistieron en la siembra directa. El sistema evolucionó gracias a ellos: en medio de un entorno ganado por el escepticismo, comenzaron a reunirse informalmente para intercambiar y desarrollar información, consiguieron los recursos necesarios, abrieron las tranqueras de los campos para experimentar, establecieron vínculos con fuentes extranjeras y hasta se abocaron al desarrollo de tecnologías apropiadas. Fue por la tozudez y la maña de esos pioneros que se desarrolló en Argentina la siembra directa y se creó, a raíz de sus necesidades, una asociación de productores que promovió el sistema.

La fundación de Aapresid en 1989 fue la concreción de la acción que aquellos técnicos y productores venían llevando adelante y el inicio de una actividad formal ligada a la comunicación directa para la difusión de innovaciones en el agro.

Como sistema de innovación, aconteció en la práctica e ingresó luego tímidamente a los ámbitos académicos: su desarrollo inicial a nivel local no fue resultado de investigaciones promovidas por organismos públicos o universidades sino producto de la necesidad de algunos productores –muchos de los cuales eran, además, técnicos– que apostaron a la experiencia aún sin fuertes fundamentos académicos que la avalaran. Eran tiempos en que hacerlo implicaba un riesgo, y ese riesgo era el propio pellejo. Fue un acontecimiento abonado por la ciencia y la innovación, la práctica y el conocimiento. El impulso y la posterior difusión de este sistema tuvieron en los pioneros de Aapresid a actores fundamentales, dispuestos a afrontar las dificultades para producir información y ponerla en circulación. Fue un proceso de ensayos y errores, jalonado por éxitos y fracasos. Entre sus referentes locales, aquellos que dieron el puntapié trabajando en la conservación del suelo, figura Jorge S. Molina, profesor de la Universidad de Buenos Aires y traductor de **La insensatez del agricultor**, escrito por E. Faulkner, el gran conservacionista norteamericano que afirmó que nadie había demostrado científicamente que era necesario arar. Inspirado en estos conceptos, el agrónomo Hugh Bennett desarrolló un programa de extensión de prácticas conservacionistas para detener el problema de la erosión a consecuencia de los deterioros que provocaron lo que se dio en llamar “el tazón de polvo del medio oeste americano”. Gracias al contacto con Molina, Bennett había visitado Argentina en los primeros años 60, favoreciendo el desarrollo de una corriente conservacionista que, aún sin pensar directamente en la siembra directa, abriría el camino hacia ella.

Actualmente hay 90 millones de hectáreas a nivel mundial trabajadas con siembra directa y otros métodos de agricultura de conservación que tienen algún laboreo. De ese total, 45 millones de hectáreas se encuentran en América del Sur, la mitad en Argentina y la otra mitad distribuida entre Brasil, Paraguay y Uruguay.